

## Adiós a Moya Grau

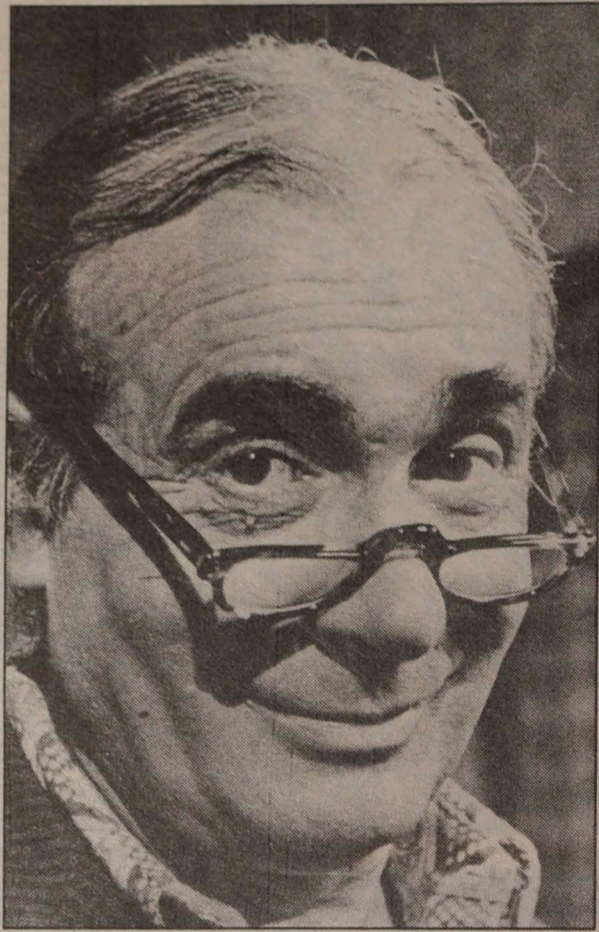
Hacia fines de la década de 1950, yo era secretario de Redacción de la antigua revista *Ecrán*. Mi principal responsabilidad era hacerme cargo de las páginas dedicadas a la actividad escénica nacional.

Como dramaturgo nacido de los teatros universitarios, conocía muy bien el rayado de la cancha, que se había trazado desde el nacimiento de esos teatros. A un lado estaba lo que tenía valor artístico y cultural y que era lo que hacían los teatros universitarios y los grupos que habían nacido bajo su rectoría. Al otro, lo que seguían haciendo los llamados "profesionales", lo que en nuestra soberbia juventud calificábamos como una actividad bastarda, burda y despreciable. Por eso yo en *Ecrán* sólo escribía sobre lo que se producía en este lado de la raya. El otro lado simplemente no existía para mí.

Pero una semana me encontré con que no tenía material para mi columna. Mientras buscaba y rebuscaba el escurridizo tema, llegó a mi escritorio una invitación para el estreno, en el teatro Cariola, de una obra de Moya Grau, basada en uno de sus radioteatros. Cuando estaba a punto de echar al canasto la invitación, se me ocurrió que si asistía al Cariola podría encontrar ahí el tema que andaba buscando. Sería una columna burlona y sarcástica que diera cuenta del bodrio que vería.

Llegué al Cariola con cierta anticipación y, para mi sorpresa, me encontré el foyer del teatro ya con mucho público. Nada en él me recordaba al selecto y elitista público de estreno a que estaba acostumbrado. Parecía una fiesta popular. Había gente que había venido especialmente de provincias. Gente que no parecía conocerse previamente comentaban apasionadamente lo que se aprestaban a ver. Había un clima de gran expectación. Todos parecían aprontarse para vivir una gran experiencia.

Cuando comenzó la representación, el público se incorporó al espectáculo desde el primer momento. Reía y aplaudía en medio de la acción. Algunos se anticipaban a lo que sucedía en el escenario y pretendían advertir, a grandes voces, algún eventual peligro que ace-



chaba a los personajes.

Me di cuenta de que estaba viviendo una verdadera representación teatral, sólo parangonable a lo que yo había leído que se producía en el Globe de Londres cuando Shakespeare representaba sus obras. Con envidia y vergüenza comparé esa reacción con la que se producía en mis propias obras. Eso sí era de verdad un teatro popular, eso sí era remecer al público, eso sí era vivir una experiencia vital en el teatro, y quien era capaz de crear todo eso era un hombre que se

llamaba Arturo Moya Grau. Los sarcasmos que había anticipado para mi columna fueron reemplazados por palabras de elogio y reconocimiento. Así nació mi admiración y respeto por Arturo Moya Grau.

Aunque toda su inmensa obra pertenece sólo al género dramático, nunca se catalogó a Moya Grau como dramaturgo. La prensa, al nombrarlo, le daba el título de "guionista", pero este guionista logró lo que es la mayor ambición hasta del más empingorotado dramaturgo: alimentar los sueños e ilusiones de un vasto público, entregarles incentivos de vida, alentar sus fantasías y reflejar sus penas y alegrías. Y de esta labor de permanente entrega que caracterizó la vida y la obra de Moya Grau, los mayores beneficiarios fueron principalmente los sectores más populares y desposeídos.

El ejemplo de Moya Grau me llevó a cruzar ese artificioso rayado de cancha que aún persiste y, desde la telenovela o el teatro popular, seguir por la senda que él abrió. Cuando lo hice, recibí siempre sus generosos consejos como también su implacable pero siempre bien intencionada crítica.

La muerte de Moya Grau me sorprendió cuando estoy convaliente de una seria operación quirúrgica. Por eso no pude acompañarlo hasta su última morada. Suplo mi ausencia con esta columna, en la que he querido rendir un homenaje y darle un adiós al colega y, en gran medida, maestro.

\*Dramaturgo.

## El bosque como recurso

El ser humano es la última especie viviente aparecida en la Tierra. Gracias a la inteligencia se ha ido, en cierto modo, separando del ordenamiento natural y ha comenzado a manejar el ambiente según sus particulares necesidades y deseos. Así, en lugar de cazar, prefirió la domesticación. Lo mismo sucedió con las plantas; cultivó y mejoró aquellas que le reportaban mayores beneficios (imaginemos cómo sería la cacería para proveer de carne a seis mil millones de habitantes si no hubiera animales domésticos). En forma parecida satisfizo sus otras dos necesidades fundamentales, la vivienda y el vestuario. Como consecuencia de todo esto, varias especies animales y vegetales ya no existen en forma salvaje.

El bosque productor de madera es un recurso natural renovable, que también se ha tenido que manejar, cultivar y mejorar, debido a la necesidad creciente de sus productos.

Hace más de 200 años se inició en Europa Central el manejo de los bosques naturales, basado en el principio de la persistencia en la producción; esto es, en sacar del bosque no más de lo que este es capaz de crecer. Cuando la extracción fue mayor que el crecimiento, se produjo un agotamiento del recurso que fue suplido con los bosques cultivados.

Como consecuencia del progreso y del aumento de la población, ha habido una gran sustitución del bosque natural para habilitar tierras de cultivo, de ganadería, para instalar ciudades, carreteras, aeropuertos, etcétera. Pero, por otra parte, al manejarlo, el bosque fue mejorando. Tal como se faena un bovino para el consumo antes que llegue a su edad límite, así también se logran árboles de dimensiones aprovechables mucho antes del término de su vida. Con esto se ha ganado tiempo, calidad, y una ventaja adicional: la de evitar que los bosques, por putrefacción, se conviertan en productores de anhídrido carbónico, cuando los árboles llegan a la sobremadurez y mueren por sí solos.

Por ser el bosque un recurso natural renova-

ble, tiene la capacidad de regenerarse, por lo cual su producción será inagotable si se lo maneja convenientemente, y, además, es posible, como todos los cultivos, mejorarlo en calidad y cantidad. Esto se puede comprobar en las miles de hectáreas de renovables existentes en el país: a pesar de la destrucción del bosque primario y de haberse empleado el suelo para la agricultura y ganadería, este vuelve a repoblarse de árboles cuando esas actividades no han sido demasiado intensivas.

Mediante tratamientos silvícolas de las especies que se desea privilegiar, es posible aumentar su velocidad de crecimiento y mejorar su calidad tecnológica. Los que trabajamos en el sector forestal somos los más interesados en la persistencia de la producción, sin menoscabo del ambiente, que perfectamente entendemos que es la base de la vida en el planeta.

Con respecto al bosque destinado a producir madera, hay que comprender que no sólo no produce contaminación ambiental, sino que contribuye a mejorar el medio ambiente, a través de la absorción del anhídrido carbónico por el follaje de los árboles.

Por ello sorprende que ciertas personas, algunas de elevada connotación en el ambiente cultural del país, preconicen una actitud contraria a la actividad forestal. Primero fue abominar de las plantaciones, especialmente de pino y eucalipto, que han demostrado precisamente ser las de mejor rendimiento en nuestro medio forestal; últimamente propician detener durante décadas la explotación del bosque natural. Cabe preguntarse, entonces, de dónde o cómo podríamos obtener la madera necesaria para sus múltiples usos. ¿Sería conveniente reemplazarla por materiales metálicos -sólo en el caso de la construcción-, cuya obtención, como en el caso del hierro y del cobre, es muchísimo más contaminante? Con toda seguridad el remedio resulta aquí más perjudicial que la enfermedad que se desea evitar.

\*Ingeniero forestal.



## Postergación de Chillán

Chillán y la provincia de Ñuble continúan siendo perjudicadas.

Teníamos hace poco tiempo, un canal de televisión. Pues bien, desapareció y ninguna autoridad designada o elegida se pronunció en su defensa. Esto mismo sucedió con la Secretaría Regional Ministerial de Agricultura y tampoco se intervino para evitar su traslado, al igual que la Facultad de Ciencias Forestales de la Universidad de Concepción, que fun-

PALABRA DE

LECTOR

cionaba en Chillán. Hace pocos días ha salido en los medios de comunicación regionales una declaración del gobernador de Ñuble, don Carlos Jarpa W., en la que informa del término de funciones de la Oficina Provincial de Bienes Nacionales en Ñuble y el

traslado de sus funcionarios a Concepción; a juzgar por el tenor de sus expresiones, se siente muy complacido, sin hacer ningún cuestionamiento ni defensa respecto de este servicio.

Cuando el gobierno de don Patricio Aylwin creó la oficina aludida en Chillán hizo una importante inversión económica con el fin de favorecer a la gente, entonces, uno podía entender qué es descentralización y regionalización. Cuando un gobierno como el del señor Eduardo Frei decide poner fin a

este servicio en Ñuble, uno va comprendiendo qué es regresión y jibarización, alejamiento de la gente. Ciertamente esto no es lo que esperaba la provincia de Ñuble de las nuevas autoridades.

Los habitantes de esta provincia necesitan que se cumpla lo dicho por el Presidente de la República, es decir, el respeto a la gente y esto se cumple, cuando acercamos el gobierno a la ciudadanía, no cuando lo alejamos. Estamos conscientes de que para esto las autoridades ubicadas en

mandos medios deben tener el coraje y la valentía de defender lo obtenido y no simplemente acatar decisiones alejadas de la voluntad popular. La provincia no necesita autoridades para que solamente nos den noticias nefastas sino también, que alguna vez nos sorprendan con declaraciones que apunten a desarrollar nuestra provincia.

¿Usted cree señor que después de esta carta, cambiará la situación?

Luis Aguilera Lobos  
CHILLÁN